

SERMÓN MORAL

SOBRE EL DUALISMO DE LA SOCIEDAD MODERNA.

¿Quare aliam te esse simulas?
¿Por qué te finges otra?

(III Reg., c. XIV, v. 6.)

Cuando los pecados del desdichado Roboam hubieron llenado la medida en el corazón del Altísimo; cuando despreciando los sabios consejos de la ancianidad experta siguió los de la imprudente juventud, que alhagaba en mal hora sus pasiones, vino el cisma de Samaria, y las diez tribus sublevadas alzaron á Jeroboam por soberano, enfrente de las dos únicas de Judá y de Benjamín, que permanecían fieles al hijo de Salomón.

Pero Jeroboam, ingrato también á su vez á los beneficios de Dios, que de la condición de siervo le había elevado á la competencia del trono en la división lamentable del desventurado pueblo de Israel, apostató como Roboam en sus mejores días, edificó ídolos en lugares altos, y adoró con su pueblo los dos becerros de oro en Bethel y en Dan, temeroso, en esa política nefanda que pospone á Dios á los particulares intereses y planes diplomáticos, de que sus vasallos, adorando en Jerusalén, se apartasen al fin de su obediencia; hizo, pues, lo malo en presencia de Dios, para usar la misma concisa pero expresiva frase del Libro Santo, y se constituyó Sacerdote y Rey á la moderna malhadada usanza, despreciando repetidos avisos

de los Profetas y desoyendo la voz de Dios manifestada por ellos en continuados prodigios.

Entonces vino la ira del Señor sobre su casa y familia; y descargó primero sus golpes sobre una víctima inocente que quería sustraer, en sus adorables designios, á los horrores que preparaba á generación tan maldita y abominable; y enfermó Abía, su hijo; y Jeroboam, acordándose de su Dios en el peligro, y de sus Profetas en la tribulación, envió á su esposa á consultar al mismo que le había profetizado un día su elevación al trono, valiéndose de un misterioso símil en un campo inmediato á Jerusalén; al Profeta Ahías, retirado en Silo llorando las desventuras de su amado pueblo.

Pero la previno que se disfrazase para no ser reconocida, y que le llevase una ofrenda pobre, como de mujer del pueblo; diez panes y una torta pequeña, y una orza de miel. ¡Insensato! ¡Como si ante Dios valieran disfraces! Y que le consultara sobre el desenlace de la dolencia que atormentaba al pobre niño.

Inútiles precauciones, mirando la cosa como la miraba Jeroboam, porque el venerable varón de Dios estaba ya de vejez ciego; pero como no era el viejo y el ciego el que intervenía en aquel delicado asunto, sino Dios, que nunca envejece, y ante cuya vista están presentes todas las cosas, apenas sintió Ahías el rumor de los pasos de la infeliz madre disfrazada, con voz terrible, que debió resonar como un trueno en los oídos de aquella mujer e introducirse en su corazón como una espada de doble filo, la advirtió de la inutilidad de su engaño con las siguientes frases, que me sirvieron de tema: *Entra, mujer de Jeroboam; ¿por qué te finges otra?*

Palabras, hermanos míos, que yo dirijo desde luego á esta pobre sociedad, verdaderamente disfrazada; sociedad de horrible y asqueroso dualismo; sociedad de dos caras, como el Jano gentilico; sociedad, en fin, que alardea á todas horas de católica, siendo desgraciadamente pagana en la realidad.

Vengo á presentarla, pues, en este día, un dilema tan ló-

gico cual terrible: vengo á preguntarla cuál de sus dos extremos quiere elegir: si en hecho de verdad es pagana, como lo demuestran evidentemente sus caminos y sus hechos, ¿por qué se finge con tanto ahinco cristiana? Y si es cristiana de corazón, ¿por qué en toda su marcha y su conducta aparenta precisamente todo lo contrario?

Señor: Vos que no consentís el corazón humano porque es harto pequeño para vuestro amor dividido en dos mitades; Vos que no salváis por la fe, sino por las obras; Vos que no consentís jamás esa innoble amalgama entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, la luz y las tinieblas, Dios y Belial según la frase oportunísima del santo Profeta del Carmelo, dad hoy energía á mi razonamiento para desenmascarar á la sociedad contemporánea, y obligarla franca y decididamente de una vez á escoger entre ambos caminos: esta gracia, Señor, os pedimos por la intercesión de María, á la que saludamos llena de gracia y de verdad, como vuestro Verbo, con el Angel.

AVE MARÍA.

Es un axioma altamente experimental y probadamente práctico, hermanos míos, que las apariencias engañan: Faraón no acertó á reconocer en Sara la esposa de Abraham, sino que la tuvo por su hermana, mediante las instrucciones que á la misma había dado el santo Patriarca, temeroso de un atropello por parte de los egipcios disolutos; Jacob fué víctima de un engaño respecto de Lía, que se le entregó bajo las apariencias de Raquel; la túnica de su amado José teñida en la sangre de un cabrito y la mentira de sus perversos hermanos, le afirmaron en su creencia de la muerte cruel de tan buen hijo; y esos mismos hermanos un día, no conocieron en el virrey de Egipto al pobre vendido junto á la cisterna seca del camino de Dathaín, hasta que se les anunció por su nombre.

Pues por lo mismo, yo veo á esta sociedad paganizada, y

de sus actos, y de su marcha, y de su conducta deduzco, con muy fundada razón, y por lo que me dicen esas manifestaciones exteriores, repetidas á todas horas, y en todos los terrenos, y con espantosa riqueza y profusión de paganos detalles, que esta sociedad, en medio de sus declaraciones de catolicismo, no es otra cosa que una sociedad esencial y prácticamente pagana.

Y no creáis, hermanos míos, que exagero: no me digáis que la civilización y el progreso de esta sociedad pugnan abiertamente con las prácticas y costumbres del mundo pagano, porque os las voy á detallar, si es preciso, perfecta y acabadamente iguales: verdad es que no adoramos ídolos en la forma que lo hacían los gentiles: dejamos pacer al bruto en sus praderas, á las fieras recorrer el bosque y el desierto, á los reptiles en el hueco de sus rocas, á los cocodrilos en el fondo de los ríos y á los peces bajo las verdes algas del Océano; todo esto es verdad; ¿pero esas mismas criaturas no son objeto de pasiones más ó menos insensatas, respecto de nosotros, que abusamos de ellas, ya en los placeres de la caza ó de la mesa, ya haciéndolas objeto de toda clase de especulación y de lucro, ya martirizándolas por nuestra diversión ó nuestra ira, á pesar de nuestro sentimentalismo y de nuestras sociedades protectoras al efecto?

No adoráis, es cierto, á Júpiter, Marte, Apis, ni Baal bajo los nombres y ceremonias paganas; pero escondéis en el fondo de vuestro corazón, no es menos cierto, como Raquel los idólos con que estaba encaprichada, infinitos más que los gentiles; y eso que, según la frase cáustica de uno de sus poetas, les nacían hasta en los huertos: no adoráis á Plutus, es verdad; pero sacrificáis todo, hasta la vida, á las riquezas: no inmoláis aves de rapiña ante las aras de Thor; mas por la ambición, y la gloria, y el orgullo, no vaciláis en sembrar vuestro camino de sangre y de llanto: os es acaso desconocido el nombre de Moloc; pero vosotros sacrificáis vuestros hijos, y quizás y con preferencia el Benjamín más amado, con el cuchillo de

vuestras debilidades y de vuestras funestas complacencias: no colocáis sobre los altares de Venus las blancas palomas que el pueblo gentilico, ni coronáis vuestras frentes con el mirto; pero os abrasáis en el fuego del amor impuro, y ese preside todos vuestros actos, palabras y pensamientos: no veneráis las Euménides; pero sacrificáis á la cólera, á la venganza, á la ambición y á todas las furias del mundo pagano: ¡ah! los ídolos de los filisteos cayeron ante el Arca de Dios, y los vuestros están en pie delante de la Cruz, tras de la que se esconde esta sociedad hipócritamente avergonzada.

¿No es verdad todo lo que estoy reprochándola? ¿Lo queréis más claro? ¿No tenemos una juventud verdadero facsímil de los degradados patricios de Roma? ¿No existen desgraciadamente entre nosotros Julias y Tarpeyas que sacrifican al lujo y al placer todo lo que parecen amar más en torno suyo? Nuestra mesa, ¿no es la de Apicio y Octavio? Nuestros baños y nuestros tocadores, ¿no tienen un exacto parecido á las termas de Diocleciano y á las descubiertas en las ruinas de Pompeya? Nuestro pueblo (á pesar de nuestros ateneos y de nuestro afán por instruirle), ¿no es el pueblo *soberano*, por una parte, como el pueblo *rey* del mundo pagano, y por otra parte el pueblo esclavo de sí mismo, embrutecido hasta el extremo de quedar satisfechas todas sus aspiraciones con tener pan y asistir á los juegos del circo? En fin, nuestras diversiones mismas, ¿no son las diversiones de los paganos? ¿No hay pugilato en Inglaterra, y riñas de gallos, y corridas de toros, y tiros de pichón, y la escena, y las bellas artes, y todo, corrompido y paganizado en España?

Y no hablemos de superstición, y fanatismo, y preocupaciones á los hijos de esta pobre sociedad ilustrada y de espíritu fuerte, que desprecia la verdadera y única fe que profesaron sus abuelos, á los que regalan con tanta frecuencia los epítetos de oscurantistas, y supersticiosos, y obcecados: Caronte con su barca fúnebre y su cobro de contribución forzosa mortuoria; el río Leteo con sus aguas de tinta; Plutón y Pro-

serpina con sus infiernos; y todas esas fábulas del paganismo referentes á la vida de ultratumba, son hechos serios y hasta aceptables, comparados con las ridículas elucubraciones del espiritismo, en que Satanás se divierte con los pseudo-sabios modernos que llaman á los cementerios *necrópolis* y pronuncian discursos sobre las sepulturas, y dicen que á los fallecidos *les sea leve la tierra*; todo paganismo clásico, castizo, inmejorable y puro, y prueba innegable del retroceso visible de esta sociedad que marcha hacia adelante como el cangrejo.

Mas porque no digáis que el celo religioso me ciega; porque veáis que entro, y de lleno por cierto, en el terreno de las concesiones, y que reservando á Dios el escudriñar los corazones, no juzgo, ni aun por las apariencias, que están de mi parte, como acabáis de ver, sino que fío completamente en las palabras y en las protestas de esta sociedad, que no las escasea en la cuestión de que tratamos, la concedo desde luego el catolicismo que proclama; pero entonces, si es cristiana en realidad, ¿qué clase de cristianismo es el suyo? ¿Por qué se finge pagana? que es la segunda parte de mi dilema.

Cuando el varón de Dios Ahías encontró al siervo efrateo Jeroboam, ya superintendente de los tributos de la casa de Josef según el texto sagrado, en un campo á Jerusalén cercano, para profetizarle su reinado en Samaria, se quitó el manto nuevo que cubría sus hombros, y dividiéndole en doce pedazos, entregó diez al futuro monarca, reservándose dos, en representación del cisma de las tribus y su repartición bien desigual entre ambos soberanos.

¿He acertado en el símil, sociedad moderna? ¿No es cierto que tú también has entregado al cisma, á la revolución, al paganismo, diez partes de tu desdichado manto nuevo de ilustración y de progreso, y sólo has reservado dos para cumplir en apariencia y simular fidelidad á Dios, tu monarca legítimo? ¿Por qué has hecho esa división, si eres tan profunda y sinceramente cristiana?

Tú, en el orden de las creencias, aceptas únicamente las

que placen á tu razón ó á tu juicio privado; diferenciándote muy poco de los ateistas en el orden de las costumbres, sobre todo, aunque aceptes la totalidad de la fe, rechazas por completo y con volteriano sarcasmo casi todos los preceptos de Dios y de su Iglesia santa; vives, en fin, como las gentes que le ignoran, y te avergüenzas siempre y por siempre de aparecer cristiana y de confesar á Dios delante de los hombres, tachando de preocupación, y de fanatismo, y de ignorancia, las más piadosas y sabias prácticas de la religión augusta de Jesucristo: ¿no es esto, repito, partir en pedazos, no ya la capa del Profeta, sino la túnica inconsútil del Crucificado, que ni aun los soldados del Calvario se atrevieron á dividir, en significación profética que Dios permitió en aquellos instantes?

Esta sociedad, es cierto, dice creer en Dios, y en verdad que á este artículo se reduce todo su credo: ¿pero qué Dios es ese que nada revela al hombre, que nada exige del hombre, que escondido, en frase de los impíos en el libro de Job, detrás del telón de las nubes de su firmamento, ni tiene providencia, ni justicia, ni bondad, ni atributo alguno esencial á su propia existencia? Ese no es el Dios verdadero, el Dios de los cristianos, ni aun acaso el Dios multiplicado del paganismo: ese Dios es un mito, un fantasma, un ente ridículo, una burla, y una blasfemia, y una completa negación del Dios verdadero; es el Dios del deísta, del ateo, de la masonería; ¡el gran arquitecto del universo!

¿Y á ese Dios ó á cuál vais á consultar en vuestras desgracias y en vuestras dudas? ¿Es á Belzebut ó á Accaron, el Dios de las moscas? ¿Es el viejo Profeta de Silo, ciego en su decrepitud, al que pensáis engañar como la mujer del impío Jero-boam, disfrazados y llevando pobres presentes para alucinarle?

Escucha, sociedad imprudente y desventurada; escucha, ya para terminar, las palabras que el viejo *vidente* Ahías dirige á esa mujer, que es tu tipo, el más acabado y perfecto, porque también como tú quiere comprarlo todo: *Yo he sido enviado á*

ti para anunciarte durísimos castigos; y después de recordarle la ingratitud de su marido á los beneficios de Dios y profetizarle los inmediatos castigos que habían de recaer sobre su casa y familia, le da como señal horrible, pronta, espantosa, la muerte de su inocente hijo Abía, en el momento en que penetre ella en Thersa, ciudad de recreo en la que moraba entonces la corte samaritana, y el llanto de Israel sobre su cadáver, porque era bueno y acepto á los ojos de Dios, y sólo él en su casa obtendrá sepultura; y todo se verifica como lo dijo.

Sociedad dualista en religión, dividida entre Dios y Belial, mezcla confusa, híbrida y absurda del viejo y del nuevo universo libre por la cruz de Jesucristo; sociedad, en fin, de careta y de broma, de mentira y de engaño, de apariencia y de disfraz, ¡tú eres esa mujer, no lo dudes! ¡Necio es tu empeño en fingir, porque te está mirando sin cesar desde el cielo El que no puede engañarse ni engañarnos; Aquel para el que no hay disfraz ni máscara posible! ¡No mudes el vestido, ni el rostro, ni presentes ofrendas, no! ¡Estás conocida! ¡Creías hallar un Dios ciego, y te has encontrado con el mejor Argos de la fábula, tú, tan aficionada á esas reminiscencias del mundo material del gentilismo!

Pero ven, sociedad querida, ven; ven á los brazos de Dios, que te espera; ven, que yo te amo mucho, porque he nacido en tu seno y he nacido para ti, como miembro ó hijo tuyo, para serte útil y para enseñarte la verdad, que es el anhelo incesante de la inteligencia humana, y el bien, imán constante del pobre corazón del hombre; ven sin disfraz ni recelo, arrepentida y sincera, á los brazos de Dios; y Dios, que ha prometido no desechar un corazón contrito y humillado, te perdonará para siempre como á David, al Publicano, á Magdalena, al Pródigo y á la Samaritana.

Señor: aquí la tenéis á vuestros pies, confesando que á Vos sólo debe todos sus adelantos, y su civilización y su progreso: quiere marchar adelante por la senda que abrió vuestra Cruz, y no volver, como la imprudente mujer de Loth, siquiera la

vista atrás para contemplar la ruina de las ciudades nefandas; quiere vivir en Vos, con Vos y por Vos durante la peregrinación de la tierra, para ser sociedad eterna, fiel y dichosa en vuestro glorioso reino del cielo.—Amén.

NOTA. Con este Sermón y el anterior, unidos al del *SSmo. Sacramento* ó al del *Sagrado Corazón de Jesús*, que se hallan al principio de esta obra, puede formarse un buen *Triduo*, proponiendo á Jesús Sacramentado ó á su Corazón Sacratísimo como medio de unión entre la Iglesia y la Sociedad.

PLAN DEL SERMÓN MORAL SOBRE EL DUALISMO DE LA SOCIEDAD MODERNA.

¿Quare aliam te esse simulas?
¿Por qué te finges otra?

(III Reg., c. XIV, v. 6.)

Exordio. Hecho del tema.—La mujer de Jeroboam ante el Profeta Ahías, disfrazada y con ofrenda de plebeya, para consultarle sobre su hijo enfermo.—Aplicación á la sociedad de hoy.—Dilema.—Si es pagana en realidad, ¿por qué se finge cristiana?—Si es cristiana de verdad, ¿por qué vive vida de paganismo?

Las apariencias engañan.—Ejemplos bíblicos.—Nuestra sociedad engaña, ó pretende engañar también.—Comparación detallada de nuestras costumbres y creencias con las del paganismo.—Nues-

tras pasiones.—Nuestras diversiones.—Nuestra mesa.—Nuestro modo de vivir.—Nuestro pueblo.—Nuestra existencia.—El espiritismo.—La secularización hasta de cementerios.—No se puede engañar á Dios.—El Dios que se finge esta sociedad es un mito.

El manto del Profeta partido en pedazos.—Aplicación á nuestra sociedad.—Entrega diez á la revolución y dos á la Iglesia.—Absurdo de fatales resultados.—Contestación de Ahías á la mujer de Jeroboam.—Males sobre la casa del monarca impío.—Muerte del hijo.—Llanto de Israel sobre su cadáver.—El único que logra ser sepultado de todo el linaje de Jeroboam.—Aplicaciones á la sociedad.—Apóstrofe.—Súplica.